

la
novela **frivola**
Cinematografica



N.º **El colegio flotante**
17

por
Sally O'Neill y William Collier

30
ct

La Novela Frívola Cinematográfica

Publicación semanal de películas frívolas

Año I Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE N.º 17

THE FLOATING
COLLEGE
1928
El colegio flotante

Divertido asunto interpretado por
Sally O'Neill y William Collier

EXCLUSIVA DE

Importaciones Cinematográficas

Aragón, 252

BARCELONA

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis · BARCELONA

Postal obsequio: DELIA MAGANA

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

El colegio flotante

Argumento de la película

La última palabra en hechuras perfectas (¡qué hechuras... y qué caras!) era el Club Playa de Coral.

Para el que quisiera recrear la vista, paseándola sobre hermosas esculturas de carne, nada tan indicado como una visita a la citada playa. Las mujeres más bonitas, los cuerpos más bien formados del mundo, las formas más enloquecedoras, estaban allí.

Las bañistas lanzábanse desde una elevada palanca a la hermosa y concurrida piscina. Sus cuerpos graciosos de sirena volaban un momento en el espacio con indecible majestad.

Todas las muchachas tenían un solo pensamiento: el nuevo profesor de natación.

Llamábase Germán Daly, y era nadador por herencia familiar... Su abuelo nació sobre una boya.

Tenía juventud, arrogancia, buenos músculos, cualidades muy de apreciar en la sociedad moderna.

Entre las que se morían por los pedazos del profesor, figuraban las dos hermanas Bixby, dos



Todas las muchachas tenían un solo pensamiento: el nuevo profesor de natación.

criaturas de formas espléndidas y de carácter encantador.

Fanny, la menor, tenía lo suyo por fuera... pero por dentro tenía mucho más.

Luisa, la otra hermana, era también digna aspirante a un concurso de belleza, y de presentarse, se hubiera llevado seguramente el primer premio.

Cierta mañana, Fanny empezó a charlar, como

tenía por costumbre, con el apuesto profesor.

Iba ella en traje de baño. Vestía un elegante "maillot" de tejido finísimo que dejaba transparentar las gracias de su persona.

Germán, sin hacer demasiado caso de aquella muchachita de dieciocho años, se reía de ella y de su charla ingenua.

Después de haberla escuchado bondadosamente se separó de Fanny y ordenó que todas las bañistas se echasen al agua.

Veinte sirenas, a cual más apetecible y comestible, lanzáronse a la piscina, alborotando el recinto del agua con su griterío y su continuo movimiento.

Mientras las demás se bañaban, Luisa, vistiendo elegante traje de calle, acercóse al profesor y le dijo, mirándole con unos ojos capaces de provocar un incendio:

—Le ruego que no haga caso de mi hermana... Es una niña inexperta.

—Sí... ya me he dado cuenta...

—Entonces...

—¡No tema usted!... Estoy aquí en plan de profesor... no de enamorado de nadie.

Y midiéndola de pies a cabeza, como si quisiera haber aludido a su interlocutora, alejóse de ella para continuar dando órdenes sobre los diferentes ejercicios de natación.

Luisa, enfurecida por la seriedad con que le había tratado Germán y enamorada al mismo tiempo de ese muchacho con un deseo volcánico, dirigióse a su casa sin esperar a su hermanita.

Al llegar a su hogar dijo a su padre, rico propietario y fabuloso industrial:

—Ya sabes, papáito, que no soy una soplona; pero Fanny bebe los vientos por el profesor de natación.

—¡Niñerías! Una criatura que apenas ha salido de la lactancia...

—¡Déjate de niñerías, que esto va en serio!

—No lo creo.

—Apostaría que en estos momentos anda esperándole por alguna esquina.

—Cuidado que eres exagerada...

Pero Luisa, que conocía el paño, no se equivocaba... Fanny estaba esperando en aquel momento al profesor... no precisamente en una esquina... pero sí en una carretera.

Sabiendo que Germán tenía que pasar forzosamente por aquella carretera para regresar a la ciudad, Fanny había bajado de su automóvil y esperaba al ídolo de sus pensamientos.

Simularía una avería y esto le daría lugar para regresar con el profesor.

Fanny había estado a punto de atropellar a dos sujetos de mal aspecto, que quedaron en el camino lanzando maldiciones y jurando vengarse de aquella diosa de la velocidad.

Aquellos dos hombres ejercían la productiva profesión de ladrones. Quedaron rondando por las cercanías del sitio donde se había detenido Fanny, dispuestos a caer sobre ella y desvalijarla.

Iban a hacerlo, cuando vieron detenerse otro coche al lado del de la joven. Aguardaron detrás de un árbol, prudentemente.

Aquel coche era el del profesor Germán Daly. Fanny le hizo señas de que parase, y el maestro

de natación se apeó inmediatamente, corriendo al lado de su dulce discípula.

—Una avería, profesor... Mi coche no quiere andar ni a tiros.

—Veamos qué tiene.

Fríamente examinó el motor, mientras Fanny, a su lado, no podía contener la risa.

Nada encontró Germán de particular en el vehículo... Ella había cerrado antes la llave de la bencina y por este motivo el coche permanecía sin andar.

—No comprendo lo ocurrido — dijo Germán, sin atinar en la travesura de la nadadora.

—Si le parece, dejaremos mi coche a un lado del camino y regresaré en el de usted.

—Tendré una satisfacción. ¡Una chica tan bonita como usted en mi automóvil! — contestó riendo—. Porque usted es como una joya: en poco tamaño, mucho valor.

—Pues mire, ya ve usted. No hay quien me robe valiendo tanto.

—Usted vale a lo menos... un millón de dólares.

Germán seguía considerando a Fanny como a una niña, una niña con picardías ya de mujer. Nada más.

De pronto, los ladrones se presentaron ante los jóvenes y, amenazándoles con sendas pistolas, les hicieron soltar todo el dinero que llevaban.

—¡Miserables!—rugía el profesor, estrechando entre sus brazos a su discípula.

—¡Ah! ¿protesta usted?—dijo uno de los amigos de Caco—. Pues aguarde un momento.

Y con unas cuerdas ataron a los dos mucha-

chos, tirándolos después como un paquete al interior del coche.

Arrastraron el vehículo hacia uno de los lados del camino para que no estorbara ni fuera visto por nadie. Y después de guardarse el dinero, que tan fácilmente acababan de quitar, pusieron pies en polvorosa.

Fanny y Germán tuvieron que permanecer largas horas en aquella posición, atados uno junto al otro con la misma cuerda, rozándose sus cuerpos intensamente.

En medio de lo desairado y penoso de su situación, el profesor dijo riendo:

—Esto tiene un lado agradable: el encanto de estar tan cerca de usted.

La joven suspiró, pues también era de la misma opinión... y no le disgustaban las aproximaciones.

—Sí... sí... muy agradable—respondió—; pero, a pesar de esto, yo les pondría a esos tipos cristal machacado en la comida.

Pasó tiempo sin que nadie cruzara por la carretera.

En su casa, el padre y la hermana de Fanny comentaban la inusitada tardanza de ésta.

—Es intolerable lo que hace mi hermana. ¿Por qué no envías a Fanny a un colegio de fuera, papá?

—Cualquiera se fía...

—En el mismo Colegio Flotante recibiría una gran educación.

—¡Calla, Luisa!... ¿Quieres que tenga a tu hermana corriendo por el mundo y dándome nietos chinos, indios, hotentotes... etc.?

—No... pero...

No se atrevió a decirlo, mas lo que ella deseaba era alejar a Fanny y poder tener para sí al profesor.

Pasó otra hora.

Y en la cuneta del camino los dos prisioneros comenzaban a impacientarse.

—Esto, para un ratito, no está mal... pero ya empiezo a entumecerme—dijo Fanny.

El se echó a reír, no pareciéndole ya tan niña aquella criatura de contornos firmes y magníficos.

—Yo sólo siento una cosa: que éstos no sean los "indisolubles lazos"—dijo, señalando a las cuerdas.

Por fin, pasó un motociclista policía y los dos jóvenes, con sus gritos, consiguieron atraer su atención.

El guardia les desató y tomó nota de lo sucedido para proceder a la captura de los dos frescos.

Y Fanny y el profesor regresaron a la ciudad en el coche de ella, que ya andaba estupendamente, pues la chica había tenido la precaución de volver a abrir la llave de gasolina.

El coche de Germán había sido robado por los bandidos.

Ya en la ciudad, y en casa de Fanny, los dos amigos, a quienes aquella aventura había unido de modo impresionante, se despidieron hasta otra vez.

Y Fanny, llevando en la mano la gorra del profesor como recuerdo, entró en su casa:

Al llegar, el mayordomo le dijo:

—Pero, señorita... Es cerca de media noche...

—¡A ver cómo podía convencer a cuatro bandidos de que en casa se come a hora fija!

Entró en el salón donde su padre y Luisa aguardaban con cara de implacables jueces.

—¿Te parece bien presentarte a media noche?

—No me riñas, papá... Me ha ocurrido una fenomenal aventura.

Y a su modo comenzó a contar, exagerándolo, abultándolo considerablemente, el lance de los bandidos...

—Ocho feroces bandidos brotaron de entre las matas... El señor Daly me defendió heroicamente, librándome con su intervención de la muerte... o de algo más malo todavía... Pero vinieron seis o siete ladrones más... y nos atacaron en el coche... Gracias a un bendito guardia he podido llegar aquí...

Su hermana se echó a reír, celosa, y dijo:

—¡Qué cuento más bonito! ¿Por qué no te dedicas a escribir historias fantásticas?

—Tienes rabia porque a ti no te ha ocurrido esa aventura al lado de Germán... Pues has de saber que Germán está loco por mí... que ya no soy ninguna niña, pues he cumplido los diez y ocho años.

—¡Tontuela!

—Y tú, envidiosa... Hace tiempo que aprendí a volar para no caerme del nido... ¿te enteras?

—¡Qué orgullo!

—El que conviene... ¿Crees que no sé que estás muertecita por el profesor? Pero mírale... y no lo toques... porque es mío.

El padre intervino y dijo:

—Señorita, va usted a ir a un colegio donde

le quitarán de la cabeza esas telarañas románticas.

—¡No iré!... Soy libre por raza blanca y casi mayor de edad... ¡Sólo me faltan tres años para los veintiuno!

—¡Mocosa! ¡Si intentas rebelarte, no cumples los diez y nueve!

Ante la severidad de su padre, Fanny calló y salió de la habitación, a tiempo que exclamaba:

—¡No sabes lo que haces, papaíto! ¡Separarme de mi amado!... ¡Ay, destrozas mi corazón!

* * *

Unos días después, el Colegio Flotante, en el que iba a embarcar Fanny, se preparaba a salir para su destino.

Este colegio era original y único en su clase... Estaba instalado en un trasatlántico, y de esta manera los alumnos, al mismo tiempo que aprendían las enseñanzas teóricas, aunaban los estudios con la experiencia práctica de los viajes.

El colegio era de ambos sexos... y como la juventud siempre es alegre, jamás hubo un pasaje tan divertido y reidor como aquel.

Los que podían ingresar en aquella escuela... se consideraban las gentes más felices del mundo. Ahí era nada viajar, ver mundo, sin la compañía severa de las personas formales, pudiendo vivir en plena camaradería con ejemplares del otro sexo.

El director era un respetable caballero, bonachón en el fondo de su alma, aunque enérgico y frío en su aspecto exterior.

Aquella tarde, el director paseaba por el muelle, despidiéndose de las familias de los chicos confiados a su custodia. Se le hacían toda clase de recomendaciones... Mucha vigilancia, ¿eh? Algunos se acordaban de la copla:

*El hombre es fuego,
la mujer estopa.
Viene el diablo... y sopla.*

Pero el director aseguraba que con tanta agua como iban a encontrar en el viaje... se apagarían los más furibundos incendios. Nada de "flirts" ni de otras cosas peores... Allí se guardaba una perfecta moral.

El señor director sorprendió a uno de los estudiantes con una botella de "whisky". Le increpó duramente:

—Será preciso hacer de usted un escarmiento ejemplar. ¿Qué es eso de traer licores a este barco?

El muchacho, que era muy bajito, bajó la cabeza y tristemente subió la pasarela del barco.

Aquel pequeñín tenía un defecto... mascar goma... y echarla luego al cogote de la persona que se le pusiera a tiro.

Desde la borda, efectuó varios disparos contra algunos estudiantes y el propio director... Pero, cerrando rápidamente la boca y haciéndose el distraído, no fué posible averiguar que era él el autor de la hazaña.

El director conversó con el señor Bixby y Fanny y Luisa. Fanny se había resignado a ir al barco. La perspectiva del largo viaje amortiguaba algo la tristeza de su corazón... En cuanto

a Luisa, no podía reprimir su alegría... Tenía el campo libre... ¿Quién iba a quitarle ahora el profesor?

—Su Colegio Flotante es una verdadera institución—dijo el señor Bixby al director.

—Una institución práctica, sobre todo. En él se logra simultáneamente la doble instrucción del viaje y del estudio.

El señor Bixby, separándose un poco de sus hijas, dijo al director en voz baja:

—Mi hija es inteligente, pero tiene un pequeño defecto: un corazón con entrada libre.

—Pierda usted cuidado... En el barco nada ha de ocurrir.

Sonó la sirena del buque... La hermosa nave iba a partir para su vuelta al mundo.

Despidióse Fanny de su papá y amable hermanita, y subió la pasarela y el vapor comenzó a marchar majestuosamente...

Luisa lanzó un alegre suspiro. Acababa de quitar el obstáculo que le impedía acercarse a Germán... Ahora el terreno estaba libre... ¿y quién iba a resistir a sus gracias de mujer? Las iba a poner a contribución con toda la diplomacia y el tino de una criatura pasional.

Separándose un momento de su padre, y sin paciencia para esperar más, corrió a uno de los tinglados del muelle y pidió comunicación telefónica con el Club Playa de Coral.

—Deseo hablar con el profesor de natación—dijo.

—¿Pregunta usted por el señor Germán Daly?

—Por el mismo.

—Pues ya no está aquí. Ha embarcado hoy en el Colegio Flotante.

—¿Está usted seguro?

—¡Ya lo creo! Hace dos horas se despidió de nosotros.

Luisa dejó el teléfono y, como loca, corrió de nuevo a reunirse con su papá.

¡Maldita estrella! ¡Poner a los dos juntos y en la franca e íntima camaradería de un barco! ¡Nunca... nunca!

—¡Papá, papá, se ha ido!... ¡Se lo ha llevado ella!

—Pero, ¿qué dices? No comprendo. ¿Quién se ha llevado a Fanny?

—¿Quién ha de ser? ¡El profesor de natación! Va con Fanny en ese barco.

—¡Buena la hicimos!

Luisa, nerviosa, exclamó, contemplando la nave, que ya salía del puerto:

—No hay más que un recurso, papá: que yo vaya al Colegio para visitar a mi hermana.

—Es imposible.

—Puedo alcanzarles en un hidro.

—¡Magnífico!

Corrieron al hangar. Diez minutos después, en un avión, Luisa iba en busca del trasatlántico.

¡Ah, ya vería Fanny de quién sería a la postre el amor de Germán! Había mucho que hablar.

* * *

Fanny y el profesor Germán se encontraron sobre cubierta. Una misma exclamación de sorpresa salió de labios de los dos.

—Pero... ¿usted aquí?—dijo Fanny, loca de alegría—. ¿Cómo se le ocurrió venir a este barco?

—Soy el profesor de geografía... pero le ase-

guro que ignoraba que usted estuviera en el trasatlántico... Mi alegría es profundísima, Fanny.

—¡Y la mía! ¡Qué felicidad!

El aire del mar hacía ondear sus cabellos... Los dos jóvenes se miraban riendo, contentos de aquella coincidencia del destino, que les iba a permitir efectuar juntos por el mundo un largo viaje.

Fanny estaba muy enamorada de él, y en cuanto al joven profesor, aunque seguía considerándola una niña, tenía que confesar que sus encantos de mujer eran cada vez más perfectos.

Embobados en su conversación, no se dieron cuenta de que un hidroavión había amarrado junto al buque y subía a cubierta Luisa Bixby.

Esta hermosa joven, radiante al verse ya en el Colegio Flotante, fué a un salón a hablar con el director de la expedición.

—Papá ha resuelto que yo también haga este viaje—le dijo.

—Pero...

—En su carta le explica las razones.

El director leyó el escrito que Luisa le entregaba.

...y mi objeto principal, al enviar a Fanny a su barco, era alejarla de un muchacho que le ha sorbido el seso... y ahora me entero de que ese hombre va también a bordo... Le envío a mi otra hija Luisa... para que entre ella y usted eviten cualquier "firt".

—Bien... bien...—dijo el director—. ¿Y cómo se llama el rondador de su hermana?

—Es el profesor Germán Daly.

—¡Mi profesor de Geografía!

Salieron a cubierta y vieron a Germán hablando con Fanny. Esta reía y acariciaba la corbata de su enamorado.

—¡Ya le arreglaré!—dijo el director.

—Le ruego que no trate a Germán con ri-



La pareja se volvió asombrada.

gor... porque toda la culpa es de mi hermana.

—¡Descuide!... Yo soy la diplomacia en persona.

Se acercaron a la pareja y el director gritó:

—Cuando su corbata quede arreglada a gusto de la señorita, tenga la bondad de venir.

La pareja se volvió asombrada.

Germán apartóse de su amiguita y avanzó hacia su superior... Fanny, que iba de sorpresa en sorpresa, vió a su hermana y lanzó una exclamación que era más bien de disgusto que de júbilo por el encuentro.

Corrió hacia ella, y como el director la estuviese observando, la comenzó a acariciar, aunque de buena gana le hubiera dado un mordisco...

—¿Y cómo ha sido ese capricho? — le preguntó.

—Consideré que no era prudente dejarte sola... y aquí me tienes para evitar que cometas alguna tontería.

—Gracias por tu desinteresado... afecto.

—No hay de qué.

Se tenían mutua antipatía. ¡Con qué anhelo se hubieran lanzado una sobre otra y, como dos gatas rabiosas, hubiesen comenzado a arañarse con las puntitas de sus uñas rosadas! Pero el director estaba allí cerca y se separaron simulando una sonrisa pacífica.

Y el director, mirando severamente a Germán, le dijo:

—¿Está decente que tome usted este barco por campo de galanteos?

—No comprendo, señor...

—¡No se haga usted el loco!... Me refiero a sus amoríos clandestinos con Fanny Bixby.

—Pero yo le aseguro...

—Mucho cuidado... y no hablemos más del asunto... Es hora ya de dar su clase de geografía.

Saludó el joven profesor y se marchó a una de las aulas... Momentos después, la clase se llenó de alumnos de ambos sexos... Luisa y Fan-

ny comenzaron a asatear al simpático maestro con la dulce e imploradora mirada de sus ojos.

Pero Germán, confuso por las órdenes del director, mantúvose en una profunda seriedad.

El alumno que mascaba goma se entretuvo en echar bolitas a Germán con tanta presteza y disimulo, que éste no consiguió averiguar de dónde partían los proyectiles.

Germán preguntó a varios jóvenes datos geográficos y no le contestaron bien ni por casualidad... Entre las preguntadas figuraba Luisa, quien, al levantarse para ir al tablado y señalar en el mapa de Europa las principales capitales, simuló una torcedura de pie para llamar la atención del profesor.

Empezó a cojear, quejándose amargamente de un profundo dolor en el tobillo.

—¡Me lo he torcido!—dijo, mirando maliciosamente al hombre que amaba—. Si usted quisiera llevarme hasta mi cuarto...

Pero Fanny, viva como una ardilla, rápidamente conoció las intenciones de su hermana, se levantó y dijo:

—Será mejor que te lleve yo, hermanita... por si hay necesidad de quitarte la media.

Luisa le echó una mirada furibunda... Y entre el profesor y Fanny salió del local.

—No se moleste—dijo Fanny a Germán—. Yo la acompañaré a su cuarto.

Germán volvió a la clase y Fanny dijo riendo a la traviesa hermana mayor:

—¿Cómo está mi pequeña farsante de su fingido mal?

—No es fingido... Lo tuvieras tú...

—Conque el tobillo torcido, ¿eh?... ¡Las na-

rices! ¡Tus trucos, a quien no tenga como yo la mosca en la oreja!

—Tienes mucho talento...

—¡Sí, yo estoy siempre de vuelta, rica! ¡Tienes que ser mucho más hábil para quitármelo!

—¡Déjame en paz, antipática!

Y, disgustada por el fracaso de su estrategia, se dirigió a su cuarto. Fanny regresó a la clase.

—¿Y su hermana?

—Está ya casi bien. No ha sido nada... Por fortuna, Luisa tiene buenos tobillos.

Prosiguió la lección, sin nuevos contratiempos. Pero, de pronto, Germán comenzó a experimentar los efectos del mareo... Todo le daba vueltas... Los alumnos, comprendiendo la situación del profesor y deseando que éste se marchase a fin de poder holgar, comenzaron a balancearse al unísono desde sus asientos, como si realmente la sala entera oscilase en términos aterradores.

Aquel movimiento acabó por trastornar a Germán, quien tuvo que salir precipitadamente a cubierta.

Se tambaleaba, parecía volcado interiormente. Acercósele el capitán, quien, al verle en tan lastimoso estado, se echó a reír y le dió unas pastillas, diciéndole:

—Tome esto... Para el mareo no hay como esos comprimidos de manteca de cerdo y miel de plátano.

Aquello fué la gota de agua para el pobre Germán... Y ante la presencia de otras personas que de cara al mar procuraban sosegar sus estó-

magos, el joven profesor tuvo que bautizar una vez más a las olas.

Entretanto los muchachos se divertían como locos en el aula sin profesor. No parecía aquello una clase, sino un cabaret... Se flirteaba y se cometía toda suerte de travesuras... Algunos, atrevidos, se aprovechaban, pellizcando las piernas de las muchachas... Estas protestaban riendo, pero con una risa que en muchas parecía falta de sinceridad.

La juerguecita se acabó a la llegada del señor director, que venía a sustituir a Germán.

Subió al estrado y dijo con energía:

—Voy a tratar de un tema que ustedes demuestran no conocer ni de oídas: la urbanidad.

En aquel instante, el alumno pequeño echó una de sus famosas bolitas sobre la frente del maestro, quien tuvo que interrumpirse angustiado por aquella burla.

Los muchachos se esforzaron por aguantar la risa. El autor de la bromita fué el que se mantuvo más serio.

El director le miró y le dijo, creyéndole el verdadero inocente:

—Si usted descubre quién es el que tira, tendrá una buena recompensa.

—¡Descuide usted!

Y apenas el director hubo vuelto un poco la cabeza, un nuevo proyectil vino a dar en la punta de su nariz.

El buen hombre puso el grito en el cielo, reclamando cortesía y atención mientras los alumnos se morían interiormente de risa.

De repente, el director comenzó a sentir una

cosa extraña en el estómago. Un sudor frío le invadió las sienes. Se encontraba mareado.

Conociendo su situación, los alumnos volvieron a balancearse exageradamente y aquel movimiento oscilatorio acabó por poner enfermo al director.

Dando traspiés, salió del aula para contarle al mar sus secretos y buscar la calma de su estómago alborotado.

Y la gente joven de aquel Colegio Flotante se entregó de nuevo a toda clase de excesos... Las chiquillas tuvieron que defenderse de las audacias de algunos camaradas, que no se conformaban con que la mujer llevase la falda corta... ¡Los muy ansiosos pedían más!

* * *

Pasaron varios días de tranquila y dulce navegación... Se acercaban a la costa asiática. Iban a desembarcar en un puerto chino.

Cierta noche, dióse en el gran salón de fiestas un animado baile. Tocáronse charlestones y black-bottomes desde el principio hasta el fin...

La juventud se divertía de lo lindo... Danzaba, movía los pies, lo movía todo... ¡Un espectáculo encantador!

El director, bonachón a pesar de los disgustos que recibía, presenciaba la fiesta.

Una de las profesoras, muy severa en sus principios, le dijo:

—¿Por qué tolera usted estas danzas modernas?... ¡“El trote del pavo”, “El salto del conejo”!... Yo las prohibiría.

—¡Déjeles divertirse!... También usted cuando era muchacha...

Y se siguió bailando a los acordes de una orquesta enloquecedora... Fanny danzaba con el profesor Germán Daly, que cada vez se sentía más encaprichado por aquella mujer.

Luisa, indignada, tenía que bailar con el joven mascador de goma, que apenas le llegaba a la cintura. Se enfurecía ante la facha ridícula que hacía con su pareja.

Mientras bailaba, vió cómo el profesor y Fanny se arrullaban de lo lindo.

¡Ah, los aprovechados! ¡Sólo faltaba que se besasen en mitad del salón!

No pudiendo contener por más tiempo sus celos, excusóse ante su compañero de danzar más y fué a ver al director.

—¡Allí están... juntos otra vez! ¡Mi hermana es el mismo demonio!

—Eso es intolerable. Verá usted qué pronto acabo la broma.

Acercóse a la pareja y, con formas muy bruscas, dijo:

—¡A su cuarto, señorita!... ¡Y cuidado con salir de allí!

—¿Por qué motivo?

—No he de expresárselo ahora... Supongo que ya lo sabe... ¡Salga de aquí!

—Pero la señorita...—dijo Germán, interesándose.

—Se lo ruego, ni una palabra... Mis órdenes deben tener cumplimiento.

Y Fanny, lanzando a su hermana una mirada de odio, salió del salón.

Tuvo Luisa que ahogar una carcajada feliz, y mirando al profesor dulcemente, le dijo:

—¿Quiere usted que terminemos este baile?

—Con mucho gusto—respondió Germán, respetuoso pero frío, pues nunca le había inspirado más que indiferencia la hermana de Fanny.

Y danzaron... En vano ella se ceñía contra el hombre que amaba. Germán seguía permaneciendo desdeñoso.

Y fuera porque Germán se hallara propenso al mareo, fuese por las vueltas de la danza, lo cierto es que mareóse repentinamente y con tanta intensidad, que tuvo que rogar a Luisa le dispensase de continuar bailando.

—¡Estoy enfermo, mareado!—dijo él—. Si usted me lo permite me iré a mi camarote.

—Sí... sí... Apóyese en mi brazo... Saldremos a cubierta... El aire de la noche le sentará bien.

Salieron... Germán se sentía tan profundamente mareado, que el mundo le daba vueltas a su alrededor... Se apoyaba en el brazo de su compañera porque, de lo contrario, hubiera caído al suelo.

Mientras él se apoyaba en Luisa, ésta sonreía, forjando un atrevido plan para cazar de una vez a aquel hombre, por cuyas hechuras estaba completamente trastornada.

—¡Venga... venga conmigo!—le dijo.

Y artera, con la perfidia de la mujer que necesita el amor, encaminóse con el profesor hacia uno de los corredores.

Germán se sentía tan mal, que no se daba cuenta de nada, dejándose arrastrar como un autómatas, como un pobre muñeco sin voluntad.

Y llegaron ante el cuarto de Luisa. Esta abrió la puerta y le dijo, sonriente:

—¿Por qué no entra usted y se acuesta un rato?

—Sí... sí...

Y el profesor entró en la habitación de la discípula, sin comprender realmente dónde estaba.

Viendo una cama, se tendió en ella, quitándose antes la americana y el chaleco...

Cerró los ojos, permaneciendo rígido, sin movimiento alguno, hasta que al poco rato quedó profundamente dormido.

Luisa, que le había estado observando, sonrió con alegre gesto... ¡Por fin! La cosa iba saliendo a las mil maravillas... Pronto iba a llegar la hora de la victoria.

No era fácil que nadie viniera a molestarles... Luisa dormía sola, haciéndolo su hermana Fanny en la contigua habitación, pues a causa de las desavenencias de ambas, permanecían separadas.

Pensando que todo iba a salirle bien, Luisa se desnudó, apareciendo en incomparable y elegante traje interior...

Miró sonriente a Germán, que dormía... ¡Tonto!... ¡Lo que se perdía con no estar despierto!

De puntillas, tumbóse en un lecho contiguo... y esperó a que la luz del nuevo día trajese la solución.

No podía dormir... Estaba tan nerviosa... ¡Ay si el profesor despertaba a media noche!...

Luisa no era mala y tuvo miedo... Pero volvió a cubrirse recatadamente, pensando que la Providencia no la abandonaría en su situación.

Fanny había visto antes entrar a Luisa y a Germán en el cuarto. Contrajo las manos con indignación.

—¡Ya te arreglaré yo!... Me doy cuenta de lo que quieres hacer...—se dijo.

Y dirigióse a su habitación, que comunicaba con la de su hermana por una puerta de escape.

Y cuando llegó la mañana, con la luz de los rayos del sol, despertó el profesor Germán, libre ya del mareo y encontrándose bien, tras el sueño reparador de energías.

Levantóse de la cama y vió a una mujer que, en camisa, sentada sobre el cercano lecho, ahogaba un grito y se cubría con elegante pudor.

¡Era Luisa!

—¿Qué hace usted en mi cuarto?—le gritó la joven con fingido horror.

—¡Ah!... pero... ¿pero éste es el cuarto de usted?—contestó turbadísimo—. Perdone mi error, señorita... He pasado involuntariamente aquí la noche.

—Un error con el que ha comprometido usted mi reputación, caballero—gritó.

Germán, siempre noble y caballeroso, respondió comprendiendo la grave situación de aquella mujer:

—No fué mi intención comprometerla, señorita... Tuve anoche un mareo horrible... No me acuerdo de nada...

—Vaya usted a contarle eso al mundo. ¡Ay, estoy deshonrada!... ¿Qué van a decir mis padres, mis profesores?

—Luisa, si haciéndola mi esposa reparo mi involuntaria falta...

Un rayo de alegría brilló en los ojos de ella. Era lo que se proponía.

—¡Qué remedio! Usted lo ha querido así... ¡Debemos casarnos!—dijo.

En aquel momento apareció Fanny, que aca-

baba de saltar prestamente de un sofá que había en un rincón del camarote.

—Podían ustedes dejarme dormir...—dijo.

—¡Fanny!—le gritó su hermana.

—Tu suerte, querida, es que yo estuve aquí toda la noche. Así no padece tu reputación... y te



—¿Qué hace usted en mi cuarto?

evitas el enorme sacrificio de casarte con un hombre a quien no amas...

Refa, contenta de haber destrozado con su intervención el plan pérfido de su hermana... Esta la miraba furiosa, con ansias de caer sobre ella y abofetearla... ¡Granuja, miserable!

El profesor respiró holgadamente:

—Crean que siento lo ocurrido... Pero celebro también, señorita Fanny, que su oportuna presen-

cia esta noche libre a Luisa de los comentarios del mundo y de un casamiento sin amor.

Y, saludando amablemente, salió del camarote.

—Parece imposible—dijo Fanny—. ¡Humillarte a tal extremo para pescar un marido! ¿Te crees que no he visto tu intención?

—Te aseguro que Germán se casará conmigo...

—Tendrá que buscar otro procedimiento.

—Lo encontraré si es preciso.

Y, dando un violento portazo, entró en el cuarto de baño.

* * *

Días después, el vapor atracó en un puerto chino... Y los estudiantes desembarcaron con licencia.

Fanny y Luisa recorrieron la ciudad, hicieron algunas compras, y luego se dirigieron al hotel donde iban a hospedarse durante el descanso.

Las discusiones entre las dos hermanas eran continuas.

—Se casará conmigo—repetía Luisa.

—Si te metes otra vez con Germán vas a tener que ponerte dentadura postiza—respondióle Fanny.

Apenas llevaban media hora en el hotel, cuando apareció un emisario del Colegio, diciéndoles:

—¡Hay que volver inmediatamente a bordo!

Salió el emisario, y las dos jóvenes volvieron a preparar los equipajes, que habían comenzado a deshacer...

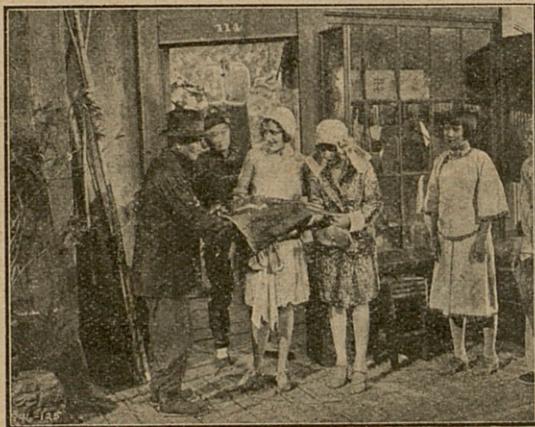
Fanny metióse en el cuarto ropero y en aquel instante Luisa dió la vuelta a la llave, dejando encerrada allí dentro a su hermanita.

—Voy a terminar este viaje sin mi adorada hermanita... ¡Que te vaya bien!—gritó.

—¡Abre... abre en seguida!

—Puedes quejarte al cónsul americano... cuando salgas de tu encierro. ¡Adiós, monada... y que te diviertas!...

Y, recogiendo el equipaje y sin hacer caso de los violentos golpes que daba Fanny, abandonó el hotel y dirigióse al Colegio Flotante.



... hicieron algunas compras...

De nuevo quedaba libre el profesor y esta vez Luisa lo alcanzaría con éxito.

El trasatlántico estaba ya a punto de zarpar... Luisa se reunió con varias compañeras y una de ellas preguntó al capitán de la nave:

—¿Por qué esta marcha de repente? ¿No íbamos a estar en China dos semanas?

—Ha estallado una revolución en la ciudad. ¡Los amarillos se han vuelto rojos!

Luisa volvióse pálida. Consideró de repente la dolorosa situación en que iba a encontrarse su hermanita sola.

Su amor fraternal fué más intenso, más fuerte que los celos; y, arrepentida de lo que había hecho, llegóse al profesor y le dijo:

—¿No sabe? Mi hermana se quedará en China... No ha venido al barco... Debe estar aún en el hotel.

—Pero, ¿qué hace esa criatura? ¡Oh, por Dios! ¡El barco sale en seguida!

Comunicó al capitán lo que sucedía y aplazóse la salida del barco por unas horas.

Germán desembarcó con el encargo de recoger a la colegiala extraviada. Cuando llegó al hotel encontróse con Fanny, que se hallaba hablando con los sirvientes chinos que, alarmados por sus golpes, la habían abierto la puerta.

—¡Germán!—exclamó ella dulcemente al ver al adorado.

—¿A qué espera usted?—le dijo el profesor con brusquedad—. ¿Qué le ha pasado?

—Casi nada: que me echaron una llave—contestó, sin agregar que había sido Luisa la responsable.

—Es usted muy traviesa, Fanny. No sé si darle cuatro azotes... o casarme con usted—dijo riendo.

Ella rió también y murmuró:

—¿No le parece que soy bastante mayorcita para los azotes?...

Germán fué de la misma opinión y los dos,

cogidos del brazo, alegremente, abandonaron el hotel.

Una hora después regresaban a bordo. Luisa arqueó las cejas al verles ir del brazo... Pero Fanny, lanzándose con fingido cariño a los brazos de la hermanita, le dijo:



... Luisa "pescó"...

—¡Acabamos de casarnos, Luisita!

—¡Oh!

—Si dices algo que me moleste, cuento a todo el mundo lo de la otra noche...—murmuró.

—¡Calla, por Dios!

—Hermanita... ¿no me felicitas por nuestra boda?—añadió, ya en voz alta.

Y Luisa, obligada, tuvo que resignarse y besó

el rostro de su hermana, felicitando después al hombre que había sido su ilusión.

Era inútil luchar contra lo irreparable... Y la amenaza de su hermana le daba miedo... Comprendía que comprometía realmente su reputación si la gente se enteraba de lo pasado aquella noche...

Y guardó silencio... Y sólo deseó que se acabase cuanto antes aquel viaje, que era para ella un nuevo suplicio de Tántalo, pues los novios vivían las inolvidables horas de la luna de miel y no se recataban de nada...

Y Luisa juró que buscaría un novio que también la hiciera suspirar en plena delicia de amor...

Y antes de que terminase el viaje, Luisa "pescó" una infeliz "anguila" que le juró amor eterno... traduciéndose éste en boda al llegar a tierra, donde las cosas son más firmes, ¿no?

FIN

Próximamente:

La mujer ligera

por Greta Garbo, John Gilbert
y Lewis Stone

en las selectas Ediciones Especiales
de **La Novela Semanal Cinematográfica**

¡Encargue desde ahora esta novela a su
librero!

En breve, la magnífica novela en veinte cuadernos

**De vendedora de periódicos
a estrella de cine**

Inmejorable presentación

Portada a colores

Ilustraciones en el texto,
ameno y nutrido

**1 cuaderno semanal
los jueves**

Precio: 25 céntimos

Se admiten suscripciones

¡La mejor novela del año!

De interés para todos, especialmente para los padres

Ediciones BISTAGNE
ha puesto a la venta una
nueva publicación semanal
dedicada a los niños, pero
que los propios padres leerán
con deleite, cuyo título es:

EL CUENTO SELECTO

Su precio es de 15 céntimos
y todos los asuntos que se publiquen
tendrán un alto valor
educativo.

Inmejorable presentación

¡El mejor cuento del hogar!

¡15 céntimos!